

CAPÍTULO VII.

1793—1794.

APUROS DE LA ADMINISTRACION.

Washington comienza su segunda administracion en un periodo critico. — Se considera la neutralidad como la verdadera politica de los Estados-Unidos. — Cuestiones de Gabinete. — Se proclama la neutralidad. — Su importancia. — Ataques de los partidos contra Washington. — Genet es nombrado ministro residente. — Sus instrucciones. — Llegada de Genet á Charleston. — Sus enérgicas medidas. — Recepcion por Washington. — Quejas del ministro inglés. — Washington resuelve mantener la neutralidad. — El *Pequeño Demócrata*. — Política violenta de Genet. — Contestacion de Jefferson. — Se pide la sustitucion de Genet. — Relaciones con Inglaterra. — Quejas. — Piratas argelinos. — Relaciones con España. — Hostilidades probables. — El tercer Congreso se reúne en diciembre de 1793. — Discurso inaugural de Washington. — Mensaje respecto á las relaciones extranjeras. — Contestaciones de las dos Cámaras. — Mensaje sobre las diferencias con España. — Informe de Jefferson acerca del comercio. — Resoluciones de Madison. — Debate en la Cámara. — El Presidente recomienda que se organicen las fuerzas navales. — Debate acalorado. — Probabilidad de una guerra con Inglaterra. — Se recomiendan ciertas medidas. — Inglaterra no se muestra deseosa de recurrir á los extremos. — Washington se decide por la paz. — Juan Jay recibe una mision para Inglaterra. — Se pone el pais en estado de defensa. — Política de la oposicion. — Se aplazan las sesiones del Congreso. — Jaime Monroe es nombrado ministro plenipotenciario en Francia. — Apéndice al capítulo VII. — Cuestiones propuestas por Washington á su gabinete. — Adams y la proclama de neutralidad. — Discurso de Fisher Ames acerca de las resoluciones de Madison.

El dia 4 de marzo de 1793 presentóse Washington en la Cámara del Senado, donde estaban reunidos los jefes de los departamentos, los ministros extranjeros, los miembros del Congreso y otras personas notables, y despues de un breve discurso por el que invitaba á los circunstantes á presenciar el acto, prestó el juramento exigido por la Constitucion, para ocupar de nuevo por otros cuatro años el cargo que le imponia hacer tantos sacrificios en interés de su pais.

Washington aceptó la presidencia cuando la patria iba á necesitar mas de su imparcialidad, de su honradez y de su energía. La Revolucion francesa acababa de llegar al punto culminante del fanatismo y del desórden, y la guerra general que iba á estallar en Europa era un suceso demasiado grave para que el Presidente de los Estados-

Unidos permaneciese indiferente. Sabia muy bien que la masa del pueblo miraba aquella revolucion, aun á pesar de sus sangrientos horrores, con indecible entusiasmo, abrigando la esperanza de que Francia obtendria todos los beneficios que se pudieran desear; y contábanse muchos americanos que estaban dispuestos á unirse á dicha nacion en su lucha con la Gran Bretaña, para lanzarse luego en piráticas expediciones y perseguir el comercio de las potencias beligerantes, sin cuidarse de las consecuencias que podrian resultar para ellos y para su pais.

Llamado á tomar en consideracion el asombroso estado de los negocios en Europa y la influencia que aquellos podrian ejercer en los Estados-Unidos, cuyo destino se habia confiado á Washington, éste reconoció que debia consultar su buen juicio mas

bien que el impulso de sus sentimientos. Comprendió que la tormenta que iba á estallar en Europa alcanzaria bien pronto á los Estados-Unidos, considerando que era deber suyo evitar, en cuanto fuese posible, sus desastrosos efectos. En el grave conflicto que iba á seguirse, conflicto en que necesariamente tomarian parte todas las grandes potencias de Europa, era preciso, en concepto de Washington, guardar la mas perfecta neutralidad, á fin de que no se perjudicasen los intereses del pais, y estaba además convencido que podria observar esta política sin faltar á la fe pública y al honor nacional.

La neutralidad por lo tanto era una cosa justa y conveniente, pero reconoció Washington que á causa del estado de los ánimos en América, seria sumamente difícil conseguir su objeto ó evitar un choque con cualquiera de las potencias beligerantes, en particular con Francia ó la Gran Bretaña. Reconociendo la importancia de la crisis, Washington reunió á los miembros de su Gabinete en el mes de abril, á fin de oír su consejo, sometiéndolo á su juicio ciertas cuestiones, sobre todo las referentes á las relaciones con Francia (*). Estas cuestiones se comunicaron, como era natural, confidencialmente, mas luego pasaron al dominio público por medios clandestinos.

Las contestaciones de los miembros del Gabinete se dieron por escrito: en algunos puntos la opinion de aquellos era unánime, mas en otros no convenia, si bien todos eran de parecer que se proclamara la neutralidad y que se admitiera á un ministro del Gobierno francés. Algunos individuos del Gabinete, sin embargo, opinaban que debia recibirse al ministro con cierta calificación, pues habia la duda de si debia considerarse el

(*) Véase el Apéndice I al fin del presente capítulo.

Gobierno de Francia como legitimamente constituido, pero el Presidente resolvió recibirle como á los demás. En cuanto á la cláusula de garantía del tratado de 1778, también se opinó de distinto modo en el Gabinete; Hamilton y Knox consideraron que aquella era solo aplicable á una guerra defensiva, mientras Jefferson y Randolph no creyeron necesario revolver la cuestion por entonces.

Poco despues publicóse una proclama aprobada por el Presidente, segun la cual se prohibia á los ciudadanos de los Estados-Unidos tomar parte alguna en las hostilidades en el mar, ni en favor ni en contra de las potencias beligerantes, así como tampoco traficar con aquellas en los artículos que se consideraban de contrabando para los modernos usos de las naciones. Asimismo preveniase que no se procediera de ningun modo que no fuera conforme con los deberes de una nacion amiga.

La medida que Washington adoptó, despues de maduras reflexiones, fué á no dudar una de las mas importantes de su administracion, pues con ella se fundó la sólida base de aquel sistema que nuestro pais ha observado constantemente con las naciones extranjeras y á la cual se debe en parte nuestra prosperidad (*). Puede decirse que fué una medida esencial para la existencia independiente y el carácter de los Estados-Unidos, y honra mucho á Washington el haberse atrevido á poner en práctica lo que en su concepto era justo y conveniente sin arredrarse ante el clamor popular y á riesgo de perder su reputacion.

(*) Véase un extracto de Juan Quincy Adams, de la *Vida de Madison*, donde se habla de este asunto y se discute la cuestion de constitucionalidad ejercida por Washington, págs. 53-60. Véase el Apéndice II al fin del presente capítulo.

Al reflexionar en el pasado, parece casi increíble que se menospreciara tanto el buen nombre de Washington á consecuencia de las violentas disensiones que se suscitaron entre los partidos sobre este asunto. Hasta entonces habíase respetado tanto su carácter y tal era el afecto que le profesaba el pueblo, que se reconoció claramente por los enemigos de la situación que no sería posible vencer al partido federal si no se combatía la influencia del Presidente. La proclama de neutralidad estaba totalmente en desacuerdo con las preocupaciones, los sentimientos y las ideas de la gran masa de los ciudadanos de América, de tal modo que los partidarios de la república juzgaron ser aquella una ocasión favorable para dirigir sus ataques á Washington. Es digno de notar que una vez lanzados en este camino, los enemigos del Gobierno obraron con una perseverancia y acrimonia que parecería imposible á cualquier americano en la actualidad si no conociera las diatribas políticas de aquel tempestuoso período.

Habiendo resuelto la república francesa enviar un ministro plenipotenciario á los Estados-Unidos en reemplazo de Mr. Ternant, fué elegido para este cargo el ciudadano Genet, (*) caballero de reconocido talentos, pero dominado por el ardiente carácter de la raza céltica. Genet, además de las instrucciones públicas que había recibido, muy lisonjeras para el pueblo, llevaba

(*) Al hablar de la política observada por Francia bajo el ministerio del conde de Vergennes, le supusimos, así como también á su país, la sinceridad y honradez con respecto á los Estados-Unidos que deben presidir siempre en los contratos de una nación con otra, sin figurarnos que obrara interesadamente respecto á ciertos fines particulares. Debemos sin embargo recomendar al lector una nota que se encuentra al fin de la vida de Washington, escrita por Marshall, donde se aducen razones suficientes para creer que en la política de Francia en aquella fecha dominaban principios maquiavélicos.

otras secretas de muy distinto carácter, que los acontecimientos dieron luego á conocer, y que por cierto dicen muy poco en favor de Francia. Genet empezó declarando que su Gobierno no deseaba que los Estados-Unidos tomasen parte con aquella potencia en la guerra contra la Gran Bretaña, pero el principal objeto de su misión, según se vió despues, era adoptar todas las medidas posibles á fin de inducir á los americanos á que hiciesen causa comun con Francia y contra Europa (*).

El día 8 de abril llegó Genet á Charleston, puerto que por hallarse contiguo á la India occidental, era muy conveniente para los cruceros, y allí fué recibido por el gobernador de la Carolina del Sur y por el pueblo con indecible entusiasmo, lo cual bastó para que el diplomático francés creyese que los americanos se hallaban dispuestos á favorecer la causa de Francia. Como Genet tenía carta blanca para obrar, mientras estuvo en Charleston, autorizó el armamento de buques y alistamiento de hombres, dando ciertas comisiones para que se cometieran algunos actos hostiles respecto á varias potencias que estaban en paz con los Estados-Unidos. Las capturas que se hicieron por algunos de los cruceros despachados por Genet, fueron conducidas al puerto, y los cónsules de Francia, bajo la autoridad de su embajador, organizaron tribunales de almirantazgo que juzgaban, condenaban y disponían la venta de las presas.

Recibiendo de su país toda clase de elogios populares, Genet llegó á la residencia del Gobierno, precedido de la noticia referente á sus transacciones en la Carolina del Sur; habíanse tomado medidas para que su entrada

(*) Véase la Historia civil y política de los Estados-Unidos por Pitkin, vol. II, págs. 390-64, donde se encontrarán interesantes extractos de estos documentos.

fuere triunfante, y los diarios de la oposición dijeron entusiasmados que se le había recibido en Gray's Ferry «por una multitud inmensa que acudió de todos los puntos de la ciudad para ver al embajador republicano de una nación aliada.» Al día siguiente de su llegada, recibió felicitaciones de las sociedades particulares y de los ciudadanos de Philadelphia, los cuales enviaron una comisión á fin de espresarle su gratitud por el celo y desinterés de que el pueblo de Francia había dado pruebas á América, su entusiasmo por el éxito de sus armas, y su convicción de que la seguridad de los Estados-Unidos dependía del establecimiento de la República. Las contestaciones de Genet estaban redactadas de modo que se confirmara la idea de una fraternidad completa entre el pueblo de ambas naciones.

A pesar de la audaz política del embajador Genet, quien no pareció hacer aprecio de la proclama de neutralidad, fué recibido por Washington cordialmente y como convenia, tratándose del representante de una gran nación, y el embajador por su parte dió al Presidente las mayores seguridades de que Francia no deseaba que los Estados-Unidos tomasen parte con ella, en la guerra contra la Gran Bretaña y otras potencias europeas.

Antes que Genet llegara á Philadelphia el ministro británico presentó al Presidente un largo catálogo de quejas, fundadas en parte sobre lo que había sucedido en Charleston, quejas que se agravaban por la existencia de la comisión de hostilidades que estaba funcionando dentro de los Estados-Unidos. Entre otras cosas, el *Grange*, buque inglés, procedente de Philadelphia, había sido apresado por la fragata francesa *La Emboscada*, á la altura de los cabos del Delaware, y como esta presa se hallaba en

poder del Gobierno americano, Mr. Hammond pedía la restitución.

Véase lo que dice Mr. Marshall sobre esta cuestión: «Parece imposible que respecto á ciertos puntos referentes á la conducta de Genet y á las protestas del ministro inglés, pudiera haber distintas opiniones entre hombres inteligentes que no juzgaran las cosas apasionadamente. El Gabinete convino desde luego por unanimidad, en que, como la jurisdicción de cualquiera nación independiente, dentro de su territorio es de naturaleza tal, que escluye el ejercicio de toda autoridad extranjera, los procedimientos, causa de la queja, no consentidos por ningún tratado, debían considerarse como usurpaciones de la soberanía nacional, é infracciones del derecho de neutralidad, que el Gobierno estaba en el caso de evitar. La cuestión relativa al apresamiento del *Grange*, ofreció mas dudas: el secretario de Estado y el de Hacienda opinaban que los buques capturados en alta mar y conducidos á los puertos de los Estados-Unidos por otros buques fletados en los mismos, no debían devolverse, y los secretarios de Estado y de la Guerra eran de parecer contrario. El Presidente reflexionó con detención acerca del punto en que no convenían los miembros de su Gabinete, pero en el interin, y considerando dilucidada la otra cuestión, previno al secretario de Estado que comunicase las resoluciones adoptadas á los ministros de Francia y la Gran Bretaña, dirigiendo al propio tiempo una circular á los diversos Estados, recomendándoles prestasen su cooperación, y en caso necesario, su fuerza para que se observasen las reglas establecidas.

»El ciudadano Genet quedó muy poco satisfecho de estas resoluciones, que creyó contrarias al derecho natural, y subversivas de los tratados que existían entre las dos nacio-

nes. Engréido con las manifestaciones del pueblo y sin apreciar debidamente el carácter del poder ejecutivo, creyó sin duda que la popularidad de su nación le autorizaba para prescindir de aquel, pues no de otro modo se comprende que persistiera en menospreciar sus resoluciones. En prueba de lo dicho, léase el párrafo de una de sus cartas, que es como sigue:

«Todo entorpecimiento que oponga el Gobierno de los Estados-Unidos al armamento de los buques franceses, debe considerarse como un atentado contra los derechos del hombre en los cuales se funda la independencia y las leyes de dichos Estados, debe interpretarse como una violación de los vínculos que unen el pueblo de Francia con el de América, y aun como una contradicción manifiesta del sistema de neutralidad del Presidente, porque, en fin, si no se permite á nuestros buques mercantes, ó á los que no lo sean, armarse debidamente cuando los franceses solos están resistiéndose á la liga de los tiranos contra la libertad del pueblo, se verán expuestos á una pérdida segura apenas salgan de los puertos de los Estados-Unidos, lo cual no es seguramente lo que desea el pueblo de América. Su voz ha resonado dulcemente en mis oídos; sus deseos son inequívocos; sus intenciones son tan puras como sus almas, y cuanto mas han escitado mi sensibilidad, tanto mas me intereso por el bienestar y la felicidad de este pueblo. Yo deseo ardientemente que el Gobierno federal respete en cuanto le sea posible, los tratados públicos celebrados entre las dos naciones, pues observando esta generosa y prudente conducta, dará cuando menos al mundo el ejemplo de una verdadera neutralidad, que no consiste en el cobarde abandono de sus amigos en la hora del peligro, sino en cumplir de la manera mas estricta, ya que

otra cosa no pueda hacer, los tratados existentes. Solo observando este proceder se hará respetable para las demás potencias, mereciendo la estimación y aprecio de sus amigos.»

Pocos dias antes de recibirse la carta de que copiamos el anterior extracto, dos ciudadanos de los Estados-Unidos, cuyos servicios habia comprado Mr. Genet en Charleston, fueron arrestados por un juez, en cumplimiento de la orden que disponia se persiguiese á los que así infringieran las leyes del país. Mr. Genet pidió la libertad de aquellos en los siguientes términos, tan improcedentes como extraordinarios:

«Acaban de notificarme que dos oficiales al servicio de la república de Francia, el ciudadano Gideon Henfield y Juan Singletary, han sido arrestados á bordo del crucero de la república francesa el *Ciudadano Genet*, y encerrados en una prision. El crimen de que se les acusa, el crimen que apenas puedo concebir y que mi pluma se resiste á explicar, es el estar sirviendo á Francia y defendiendo con sus hijos la causa gloriosa de la libertad. Como no tengo conocimiento de tratado alguno que prive á los americanos de este derecho y autorice á los oficiales de policía á prender arbitrariamente á los marinos que están al servicio de Francia cuando se hallan á bordo de sus buques, apelo á vuestra intervención y á la del Presidente de los Estados-Unidos, para que se ponga inmediatamente en libertad á dichos oficiales, quienes han adquirido ya, tanto por los sentimientos que les animan como por los servicios que prestaron, el derecho de ciudadanos franceses, ya que hayan perdido el de ciudadanos de América» (*).

La locura y los desaciertos de Genet no in-

(*) Véase la *Vida de Washington* por Marshall, vol. II, párrafos 262-67.

dujeron sin embargo al Gobierno á contestarle de una manera descomedida, ni á faltarle en lo mas mínimo, y la paciencia y resignación de Washington en aquellos momentos en que tantas violencias y abusos cometió la prensa contra él, son dignos del mayor respeto y elogio (*).

Dominado Genet por la cólera, y furioso al ver que Washington se mantenía resueltamente en su terreno, hallábase dispuesto á tomar cualesquiera clase de medidas para conseguir su empeño. Estimulado por la prensa de la oposición, asistía á todas las fiestas con que se le obsequiaba y donde se pronunciaban brándis tan lisonjeros para la república francesa, como despreciativos para el Gobierno americano. No paró la cosa en esto: formáronse sociedades al estilo de los clubs de París, y en Philadelphia se estableció uno que tenia por objeto influir tanto como fuese posible contra la legislatura y el gabinete.

Lo ocurrido con el *Pequeño Demócrata*, bastó para probar que á Mr. Genet se le daba tan poco faltar á las autoridades como á su palabra. En el mismo muelle de Philadelphia se armó en corso un buque cogido á los ingleses, y ya estaba preparado para hacerse á la vela cuando tuvo noticia del hecho el

(*) Un párrafo ó dos de los diarios de la oposición de aquella época bastarán para dar á conocer el tono y estilo que adoptaban los partidarios de Genet al dirigir sus ataques á Washington. Freneau, decía en su *Gaceta* lo siguiente: «Yo espero que el ministro de Francia obrará con firmeza y energía, pues el pueblo es tan amigo suyo como de su nación y aun conserva su soberanía; una excesiva complacencia es una injuria para su causa. Si uno de los hombres de nuestro Gobierno se muestra pusilánime cuando el león de Inglaterra enseña los dientes, dejad que Francia y su ministro obren con la dignidad y justicia que exige su causa y el honor de las naciones.» El *Avisador general*, diario de Philadelphia, se espresaba en estos términos: «No es posible ya dudar que la intención del poder ejecutivo de los Estados-Unidos es considerar como nulo el tratado de amistad y comercio que existe entre Francia y América, y que se propone tomar parte en la liga de los reyes contra Francia.»

secretario de Estado. Washington se hallaba entonces en Monte Vernon, y Genet, despues de usar un lenguaje descomedido, haciendo violentas amenazas, prometió que el buque en cuestion no saldría hasta que volviera el Presidente. El ministro francés, sin embargo, faltó á su palabra, pues el *Pequeño Demócrata*, á despecho de las órdenes que prevenian se detuviera á todos los cruceros en el puerto, se hizo á la vela á mediados de julio para emprender sus correrías (*).

Mientras el Gobierno reflexionaba acerca de la conducta que debería observar con Genet á fin de oponerse á sus pretensiones, este último presentó una queja sobre un asunto de bastante importancia. En el tratado de comercio con Francia, consi- 1793.
nábase el principio de que los géneros y efectos conducidos en buques libres, debían considerarse también como tales, pero no se habia estipulado nada sobre este punto con Inglaterra, siguiéndose de aquí que los derechos beligerantes de la Gran Bretaña debían establecerse por la ley de las naciones, y ateniéndose á esta ley segun la que, *son libres los géneros de un amigo, que se encuentran en buque enemigo, y de buena presa los géneros de un enemigo que se encuentran en buque amigo*, los cruceros de la Gran Bretaña se apoderaron de los efectos franceses que encontraron en los buques americanos, y los tribunales del Almirantazgo los declararon presa legal. Genet protestó contra esta ley, ante el poder ejecutivo, en los términos que él acostumbraba, y en 9 de julio, cuando se debatía la cuestion referente al *Pequeño Demócrata*, escribió una carta pidiendo inmediata contestación, á fin de

(*) Véase lo que dice Marshall sobre este asunto en su *Vida de Washington*, vol. II, págs. 270-72. Consúltese también una nota de Tucker en la *Vida de Jefferson*, vol. I, pág. 432.

saber qué medidas había tomado ó tomaría el Presidente para que se respetara el pabellon americano.

Hacia fines de julio, Mr. Genet dirigió otra carta al Secretario de Estado, en la cual despues de quejarse del insulto inferido al pabellon americano por haberse apoderado los cruceros de Inglaterra de los efectos de los franceses que estaban bajo la proteccion de los Estados-Unidos, añadia: «Vuestros derechos políticos no sirven de nada..... En vano el deseo de conservar la paz induce á Francia á sacrificar sus demás intereses por el del momento; en vano la sed de riquezas se antepone al honor en los destinos de América; todos estos manejos, toda esta condescendencia, toda esta humildad, no conducen á nada; nuestros enemigos se rien de esto, y los franceses, demasiado confiados, están ahora pagando su imprudencia por haber creído que la nacion americana tenia un pabellon, que respetaba sus leyes, que reconocia su fuerza, y que conservaba en fin algun sentimiento de su dignidad..... Si se ha engañado á nuestros compatriotas, si no podeis mantener la soberanía de vuestro pueblo, hablad de una vez; nosotros la hemos proclamado siendo esclavos, nosotros la haremos formidable siendo libres.»

Jefferson contestó á esta carta lo siguiente: «Creo no puede dudarse que por la ley general de las naciones, son libres los géneros de un amigo que se encuentran en buque enemigo, y que son de buena presa los géneros de un enemigo que se encuentran en buque amigo. Yo presumo que por este principio se han apoderado los cruceros británicos de los efectos de los ciudadanos franceses hallados en nuestros buques; y confieso que no sabría qué principio invocar para hacer una reclamacion.» Genet volvió á escribir en tér-

minos descompuestos, y recurriendo á las amenazas y á sus insultos contra el Presidente, manifestó con la mayor insolencia que haria un llamamiento al pueblo!

Tan repetidos insultos convencieron á Washington de que el Gobierno no podria tolerar nuevos abusos sin faltar á su propio decoro y dignidad, y por lo tanto resolvió insistir en que se reemplazara á Genet, (*) á cuyo efecto, se escribió á Mr. Morris, ministro de los Estados-Unidos en París, con fecha 16 de agosto, dándole cuenta de lo acaecido y acompañando la correspondencia del embajador para que la presentara al Gobierno francés. La cólera de Genet, al tener conocimiento de la resolucion del Presidente, solo puede comprenderse leyendo la carta que con este motivo dirigió al Secretario de Estado. Su descompuesto lenguaje no se dirigia solo contra el Presidente, á quien provocaba aun, sino al mismo Jefferson, el cual segun él, «le había iniciado en misterios que acrecentaban su odio contra todos aquellos que aspiraban al poder absoluto.»

Mientras seguia su curso esta polémica, presentóse Genet en Nueva-York, donde fué recibido con las mismas muestras de simpatía que en los Estados del Sur; en aquella ciudad, tambien trató de promover el descontento contra el Gobierno, é hizo lo posible para que América se comprometiese en la lucha, induciendo al pueblo á creer que la existencia de la libertad dependia del éxito de la república francesa.

No es necesario estendernos mas sobre este asunto: Marshall da cuenta detallada

(*) No podria encontrarse en la historia de la diplomacia capitulo mas notable que el referente á la mision de Genet. Es un curioso ejemplo del grado de orgullo á que puede llegar un hombre político del carácter y talento de Genet. *Vida de Washington*, por Sparks, pág. 452.

mente de las medidas que tomaron, tanto Genet como el poder ejecutivo, en aquella ocasion: habla de la singular persistencia del primero en promover la desconfianza contra el Gobierno; del apoyo que le prestaban los partidarios de Francia, enemigos de la situacion; de la insolente carta que dirigió al Presidente y circuló luego en los periódicos; del ultraje que infirió el cónsul de Francia en Boston, quebrantando la neutralidad de los Estados-Unidos, y por último, de las tentativas de Genet contra la Florida y la Louisiana. No podemos dar cabida en nuestro libro á la narracion de estos hechos, y por lo tanto recomendamos la obra de Marshall al lector que quiera conocer todos los detalles (*).

Las relaciones con Inglaterra eran por todos estilos tan inciertas como enojosas: esta potencia no había visto nunca con buenos ojos la creciente riqueza y poder de los Estados-Unidos, y trataba de aprovecharse de sus motivos de queja para crear dificultades en sus primitivas colo-

(*) Véase la *Vida de Washington*, por Marshall, vol. II, págs. 260-84. Como un ejemplo de la curiosa coleccion que dejó Jefferson, titulada *El Anas*, citamos el siguiente párrafo en que se juzgaba á Washington bajo un punto de vista asaz impropio. «El Presidente queria hacer un llamamiento al pueblo: Knox, en una especie de discurso incoherente, habló de cierto pasquin al que se puso el título de *El funeral de Jorge Washington; y de Jaime W. rey y juez*, etc., representando al Presidente sentado en una guillotina. Segun aquel escrito, ciego de enojo el Presidente, habíase dejado arrastrar por la cólera al saber qué ofensas se le inferian; desafió á todos los hombres á que le probaran que uno solo de los actos de su gobierno no tenia por objeto el bien de su país; lamentóse de haber dejado escapar la ocasion de dimitir; juró por Dios que mejor quisiera estar en la tumba que en el sillón de la presidencia; que preferia estar en su hacienda á ser emperador del mundo, y que sin embargo se le acusaba de querer proclamarse rey. Por último, se quejaba de que el tunante de Freneau le enviaba diariamente tres números del periódico como si pensase que él iba á constituirse en repartidor suyo, y que solo veia en esto la intencion de inferir un ultraje. — *Escritos de Jefferson*, vol. IX, pág. 164.

nias. Las negociaciones con Mr. Hammond habían sido tan lentas como poco satisfactorias; los puestos militares de las fronteras se hallaban aun en poder de los ingleses, contrariamente á lo que se estipuló en el tratado de paz, y no cabia duda de que la Gran Bretaña influia en los indios del noroeste. Con la insolencia propia del que se reconoce superior en fuerzas, los buques ingleses detenian á los americanos, y practicaban registros, en tanto que sus cruceros de las Bermudas cometian depredaciones en el comercio con la mayor impunidad y hasta con la sancion de los tribunales del Almirantazgo de aquellas islas. Habiendo dispuesto el Gobierno francés, en contravencion al tratado, que se apresasen los buques neutrales donde se condujeran géneros ó víveres del enemigo, la Gran Bretaña, ateniéndose á la ley de represalias, y con objeto de hostigar en lo posible á Francia, espidió dos órdenes, una en junio y otra en noviembre, que perjudicaban asimismo al comercio de los Estados-Unidos. Por la primera, mandábase á los cruceros británicos, que apresaran á todos los buques que llevasen cargamento de trigo, harina ó miel, con destino á cualquier puerto francés, conduciéndolos luego á uno de Inglaterra donde pudieran venderse dichos artículos en beneficio del Gobierno británico; (*) y por la segunda, disponíase que los buques de guerra y los cruceros detuvieran á todos los buques con cargamento de cualquier colonia de Francia, que transportaran víveres para la misma, debiendo llevarlos luego donde hubiera algun tribunal del Almirantazgo, para su adjudicacion.

Ultrajes como este y semejante infraccion de los derechos de la neutralidad, produjeron

(*) Pitkin (vol II, págs. 396-403) da ciertos detalles con documentos, etc.